

Del cambio a la transformación

JUAN ANTONIO ESTRADA

Si hace un año se hubiera pronosticado que un Papa iba a hablar de sí mismo acusándose de que "mi forma autoritaria y rápida de tomar decisiones me ha llevado a tener problemas serios y a ser acusado de ultraconservador"; afirmando que "nunca fui de derechas" y confesando que "es un indisciplinado nato" y "bastante ingenuo", lo habríamos rechazado como un personaje de novela. Que un personaje público se desvele ante todos, en lugar de parapetarse en el cargo, no es frecuente y mucho menos en la Iglesia. Si a esto se añaden comentarios sobre la moral de la Iglesia, "que puede caer como un castillo de naipes"; sobre la marginación de la mujer en la toma de decisiones; sobre la obsesión eclesial con temas relacionados con la sexualidad, y sobre el distanciamiento de la jerarquía respecto del pueblo y la vida corriente ("que no sean obispos de aeropuerto; ¡No se cierren! Bajen en medio de sus fieles, incluso en las periferias de sus diócesis y en todas las existenciales"), entonces pasamos de la sorpresa al asombro.

Por decir cosas parecidas hace un año, hubiera tenido problemas cualquier teólogo y mucho más un obispo. En la Iglesia de los últimos decenios ha prevalecido el culto a la personalidad en lo referente al Papa, lo que el cardenal Congar llamaba papolatría, y la carencia de autocrítica en lo que concierne a la Iglesia. Incluso en el Concilio Vaticano II, hubo un rechazo a admitir en los documentos que la Iglesia misma era pecadora y no sólo sus miembros. Y se proclamó en el posconcilio que la Iglesia era "una madre", por tanto incriticable. Cualquier postura crítica de la religión y la Iglesia ha sido rechazada, transformando frecuentemente la fidelidad a la Iglesia en sometimiento acrítico, contra el ejemplo del mismo Jesús, que criticó la teoría y la praxis de su propia religión. Todos los regímenes conservadores han opuesto la autoridad del cargo a los argumentos, dando valor a quién habla por encima de lo que se dice. La obediencia ciega a la autoridad se ha puesto por encima del discernimiento de la conciencia, por encima de grandes maestros de la espiritualidad. El resultado de decenios de gobierno conservador es la actual crisis global del catolicismo y la pérdida de autoridad del magisterio jerárquico.

Ahora asistimos a otro rumbo con una personalidad sorprendente que despierta esperanzas, no sólo dentro del catolicismo sino fuera de él. Algo está cambiando en el catolicismo, aunque no sabemos todavía cuál, cuándo y cómo será el nuevo marco de la Iglesia en el mundo. El papa Francisco accede al diálogo, a dejarse cuestionar y a consultar. Cuanto más importantes son las reformas que hay que acometer, más necesaria es la apertura al diálogo y el cuestionamiento. El autoritarismo confeso del pasado deja paso a la prudencia en las decisiones del presente, pero sin esconder que éstas son necesarias e inaplazables. Hay que cambiar las actitudes personales, para pasar enseguida a la reforma de las estructuras. Las primeras presuponen las segundas y viceversa. De ahí, las expectativas sobre la curia romana, el cambio de la Banca Vaticana y los nombramientos episcopales. Es el comienzo para lo que vendrá luego, porque cada vez será más difícil dar marcha atrás, ante los compromisos públicos ya asumidos por el Papa. El problema es que cambiar el poder y el dinero, en una institución milenaria, jerárquica y muy sacralizada, es muy difícil. Son muchos los intereses políticos, económicos y eclesiales en juego, que no permanecen indiferentes ante la propuesta. La oposición interna y externa ya ha comenzado a organizarse y a luchar contra corriente. Progresivamente se irá haciendo cada vez más pública y

consistente, a medida que la teoría del cambio se plasme en realidades concretas.

No le será fácil al papa Francisco acometer las reformas necesarias, como muestra la involución conservadora de los últimos decenios, después de la esperanza e ilusión que despertó el Vaticano II. Su fuerza está en el apoyo creciente que está encontrando en una gran parte de la iglesia católica, en la opinión pública y en los medios de comunicación. La resistencia la tiene dentro de la misma Iglesia, desde los cardenales y obispos hasta los movimientos, congregaciones y asociaciones conservadoras que la han gobernado en los últimos treinta años. "Los papas pasan y la curia permanece", afirma un conocido eslogan vaticano, por eso es necesario cambiar la curia y el episcopado, para que se consolide un movimiento auspiciado desde abajo y marginado desde arriba en la Iglesia del posconcilio.

Y esa transformación no sólo interesa a los católicos, sino también a los que no lo son. La reforma de una iglesia con más de mil millones de personas, aunque con grados de pertenencia muy distintos, tiene consecuencias en todos los ámbitos. Asistimos a un experimento inusitado, la transformación evangélica de la Iglesia desde el poder, cuando éste ha sido, casi siempre, un obstáculo para evangelizar. Si se consigue avanzar en esa línea se convertirá en un ejemplo para la sociedad civil y el poder político, que vive hoy muchas de las contradicciones del poder eclesiástico y necesita, como éste, una regeneración en profundidad, un cambio de orientación y sentido para abordar los retos del siglo XXI.